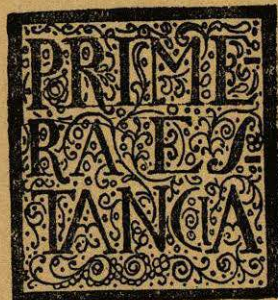
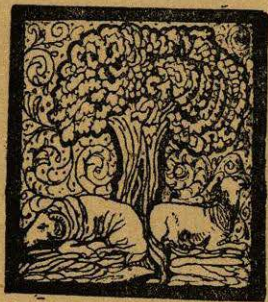


OPERA

OMNIA

FLOR DE
SANTIDAD
& HISTORIA &
MILENARIA
LA ESCRIBIO
DON RAMÓN
DEL VALLE
INCLAN

VOL II



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAP. I. FLOR DE SANTIDAD



AMINABA rostro á la venta uno de esos peregrinos que van en romería á todos los santuarios y recorren los caminos salmodiando una historia sombría, forjada con reminiscencias de otras cien, y á propósito para conmover el alma de los montañeses, milagrosos y trágicos. Aquel mendicante desgredado y bizantino, con su esclavina adornada de conchas y el bordón de los caminantes en la diestra, parecía resucitar la devoción penitente del tiempo anti-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

guo, cuando toda la Cristiandad creyó ver en la celeste altura el Camino de Santiago. ¡Aquella ruta poblada de riesgos y trabajos, que la sandalia del peregrino iba labrando piadosa en el polvo de la tierra!

No estaba la venta situada sobre el camino real, sino en mitad de un descampado donde sólo se erguían algunos pinos desmedrados y secos. El paraje de montaña, en toda sazón austero y silencioso, parecía más bajo el cielo encapotado de aquella tarde invernal. Ladraban los perros de la aldea vecina y como eco simbólico de las borrascas del mundo se oía el tumbar ciclópeo y opaco de un mar costero muy lejano. Era nueva la venta y en medio de la sierra adusta y parda, aquel portalón color de sangre y aquellos frisos azules y amarillos de la fachada, ya bo-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

rrosos por la perenne lluvia del invierno, producían indefinible sensación de antipatía y de terror. La carcomida venta de antaño, incendiada una noche por cierto famoso bandido, impresionaba menos téticamente.

Anocheceía y la luz del crepúsculo daba al yermo y ríscoso paraje entonaciones anacóricas que destacaban con sombría idealidad la negra figura del peregrino. Ráfagas heladas de la sierra que imitan el aullido del lobo, le sacudían implacables la negra y sucia guedeja, y arrebatában, llevándola del uno al otro hombro, la ola de la barba que al amainar el viento caía estremecida y revuelta sobre el pecho donde se zarandeaban cruces y rosarios. Empezaban á caer gruesas gotas de lluvia, y por el camino real venían ráfagas de polvo y en lo alto de los peñasca-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

les balaba una cabra negra. Las nubes iban á congregarse en el horizonte, un horizonte de agua. Volvían las ovejas al establo, y apenas turbaba el reposo del campo aterido por el invierno, el son de las esquilas. En el fondo de una hondonada verde y umbría se alzaba el Santuario de San Clodio Mártir rodeado de cipreses centenarios que cabeceaban tristemente. El mendicante se detuvo y apoyado á dos manos en el bordón contempló la aldea en la falda de un monte, entre foscas pinares. Sin ánimo para llegar al caserío cerró los ojos nublados por la fatiga, cobró aliento en un suspiro y siguió adelante.



CAP. II. FLOR DE SANTIDAD ❧ ❧



ENTADA al abrigo de unas piedras célticas, doradas por líquenes milenarios, hilaba una pastora. Las ovejas rebullían en torno, sobre el lindero del camino pacían las vacas de trémulas y rosadas ubres, y el mastín, á modo de viejo adusto, ladraba al recental que le importunaba con infantiles retozos. Inmóvil en medio de la mancha movediza del hato, con la rueca afirmada en la cintura y las puntas del capotillo mariñan vueltas sobre los hombros, aque-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

lla zagala parecía la zagala de las leyendas piadosas: Tenía la frente dorada como la miel y la sonrisa cándida como el vellón de sus corderos: Las cejas eran rubias y delicadas, y los ojos, donde temblaba una violeta azul, místicos y ardientes como preces. Velando el rebaño, hilaba su copo con medida acompasada y lenta que apenas hacía ondear el marifán. Tenía un hermoso nombre antiguo: Se llamaba Adega. Era muy devota, con devoción sombría, montañesa y arcaica: Llevaba en el justillo cruces y medallas, amuletos de azabache y faltriqueros de velludo que contenían brotes de olivo y hojas de misal. Movida por la presencia del peregrino se levantó del suelo, y echando el rebaño por delante tomó á su vez camino de la venta, un sendero entre tojos trillado por los zuecos de los pasto-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

res. A muy poco juntóse con el mendicante que se había detenido en la orilla del camino y dejaba caer bendiciones sobre el rebaño. La pastora y el peregrino se saludaron con cristiana humildad:

— ¡Alabado sea Dios!

— ¡Alabado sea, hermano!

El hombre clavó en Adega la mirada, y, al tiempo de volverla al suelo, preguntóle con la plañidera solemnidad de los pordioseros, si por acaso servía en la venta. Ella con harta prolijidad, pero sin alzar la cabeza, contestó que era la rapaza del ganado y que servía allí por el yantar y el vestido. No llevaba cuenta del tiempo, mas cuidaba que en el mes de San Juan se remataban tres años. La voz de la sierva era monótona y cantarina: Hablaba el romance arcaico, casi visigodo,

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

de la montaña. El peregrino parecía de luegas tierras. Tras una pausa renovó el pregunteo:

— Paloma del Señor, querría saber si los venteros son gente cristiana, capaz de dar hospedaje á un triste pecador que va en peregrinación á Santiago de Galicia.

Adega, sin aventurarse á una respuesta, torcía entre sus dedos una punta del capotillo mariñan. Dió una voz al ható, y murmuró levantando los ojos:

— ¡Asúsl... ¡Como cristianos, sonlo sí señor!...

Se interrumpió de intento para acuciar las vacas que paradas de través en el sendero alargaban el yugo sobre los tojos, buscando los brotes nuevos. Después continuaron en silencio hasta las puertas de la venta. Y mien-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

tras la zagala encierra el ganado y previene en los pesebres recado de húmeda y olorosa yerba, el peregrino salmodia padrenuestros ante el umbral del hospedaje. Adega, cada vez que entra ó sale en los establos, se detiene un momento á contemplarle. El sayal andrajoso del peregrino encendía en su corazón la llama de cristianos sentimientos. Aquella pastora de cejas de oro y cándido seno hubiera lavado gustosa los empolvados pies del caminante y hubiera desceñido sus cabellos para enjugárselos. Llena de fe ingenua sentíase embargada por piadoso recogimiento. La soledad profunda del paraje, el resplandor fantástico del ocaso anubarrado y con luna, la negra, desmelenada y penitente sombra del peregrino, le infundían aquella devoción que se experimenta en la paz de las igle-

❁ OBRAS DE VÁLLE-INCLAN ❁

sias, ante los retablos poblados de santas imágenes: Bultos sin contorno ni faz que á la luz temblona de las lámparas se columbran en el dorado misterio de las hornacinas lejanos, solemnes, milagrosos...



CAP. III. FLOR DE SANTIDAD ❁ ❁



DEGA era huérfana: Sus padres habían muerto de pesar y de fiebre aquel malhadado Año del Hambre, cuando los antes alegres y picarescos molinos

del Sil y del Miño parecían haber enmudecido para siempre. La pastora aún rezaba muchas noches recordando con estremecimiento de amor y de miedo, la agonía de dos espectros amarillos y calenturientos sobre unas briznas de paja. Con el pavoroso relieve que el silencio de las altas horas presta á

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

este linaje de memorias, veía otra vez aquellos pobres cuerpos que tiritaban, volvía á encontrarse con la mirada de la madre que á todas partes la seguía, adivinaba en la sombra la faz afilada del padre contraída con una mueca lúgubre, el reír mudo y burlón de la fiebre que lentamente le cavaba la hoya...

¡Qué invierno aquél! El atrio de la iglesia se cubrió de sepulturas nuevas. Un lobo rabioso bajaba todas las noches á la aldea y se le oía aullar desesperado. Al amanecer no turbaba la paz de los corrales ningún cantar madrugero, ni el sol calentaba los ateridos campos. Los días se sucedían monótonos, amortajados en el sudario ceniciento de la llovizna: El viento soplaba áspero y frío, no traía caricias, no llevaba aromas, marchitaba la yerba, era un aliento embrujado: Algu-

❧ OBRAS DE VALLE-INCLAN ❧

nas veces al caer la tarde, se le oía escondido en los pinares quejarse con voces del otro mundo. Los establos hallábanse vacíos, el hogar sin fuego, en la chimenea el trasco moría de tedio. Por los resquicios de las tejas filtrábase la lluvia maligna y terca en las cabañas llenas de humo. Aterida, mojada, tísica, temblona, una bruja hambrienta velaba acurrucada á la puerta del horno. La bruja tosía llamando al muerto eco del rincón calcinado, negro y frío...

¡Qué invierno aquél! Un día y otro día desfilaron por el camino real procesiones de aldeanos hambrientos que bajaban como lobos, de los casales escondidos en el monte: Sus madreñas producían un ruido desolador cuando al caer de la tarde cruzaban la aldea: Pasaban silenciosos, sin detenerse, como un